LA EXPEDICION CARLISTA DEL GENERAL GOMEZ EN EL AÑO 1836

por JOSE A. YAQUE LAUREL

Teniente Coronel de Infantería, del Servicio Histórico Militar,
Correspondiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

CONSIDERACIONES PRELIMINARES. «LOS APOSTÓLICOS.» ZUMALACÁRREGUI. EL GENERAL GÓMEZ.

Las Guerras Carlistas del pasado siglo, a pesar de su carácter predominantemente irregular, constituyen una cantera de útiles enseñanzas, porque fueron contiendas duras y penosas, en las que desde el general hasta el simple combatiente tuvieron ocasión de desarrollar su libre iniciativa. Ello nos anima a estudiar la guerra de 1833-1840, pues en la misma se dieron a conocer, en uno y otro bando, excelentes jefes, que realizaron atrevidas operaciones que han servido a veces de pauta en campañas subsiguientes.

La famosa expedición del general Gómez, que ahora analizamos, realizada a mediados del año 1836, fué una de las más sobresalientes de tales operaciones, porque tuvo además de su significación militar un gran alcance político, al tratar de sumar a toda España a la causa legitimista. Resultó verdaderamente admirable que una pequeña fuerza de menos de 3.000 hombres, con dos piececitas de montaña cargadas en mulos, recorriese la Península de punta a punta, por espacio de seis meses, entrando en seis capitales de provincia, derrotando en varias ocasiones a fuertes columnas del ejército isabelino y haciendo gran número de prisioneros, sin otro auxilio que su valor y sus esfuerzos.

Pasemos por alto, por ser muy conocidas, las causas que produjeron

la contienda que nuestra nación sufrió en aquella azarosa época, pudiendo decirse que, desde que Fernando VII ocupó el trono español, las esperanzas de los enemigos de novedades se pusieron en su hermano el infante don Carlos María Isidro, que empezó a significarse como adversario del régimen liberal, poniéndose al frente del partido denominado de los «apostólicos».

Pero, antes de entrar en el objeto primordial de este trabajo, no estaría de más trazar un ligero bosquejo, para dar al lector una idea aproximada, de la situación militar en el bando del pretendiente don Carlos de Borbón y de cómo fué creciendo el interés por la causa carlista, singularmente en la región norteña, donde la lucha, desde el primer instante, se hizo más violenta y porfiada. Es entonces cuando aparece en escena el gran Zumalacárregui, soldado que como Eguía, Espoz y Mina y tantos otros, procedía de la cantera heroica de nuestra lucha por la Independencia.

El Gobierno liberal, que lo había postergado, tuvo el desacierto de vejarle en su retiro de Pamplona, con lo cual se lanzó al bando de don Carlos, al que de todas suertes le llevaban sus sinceras convicciones. Zumalacárregui comprendió que un ejército como el suyo, escaso, sin armas, sin uniformes, con una disciplina rudimentaria, no podía ser utilizado inmediatamente como instrumento de combate, pues precisaba infundirle un espíritu y dotarle de ciertos medios.

El primer requisito era la total compenetración del caudillo con el suelo en que luchaba y con las gentes que en él estaban radicadas. Su red de espías y confidentes acabó siendo insuperable. Y así, a los dos meses de tomar el mando, el general carlista convirtió en ejército disciplinado a las partidas sueltas de paisanos mal armados de que al principio disponía.

También por entonces se revela otro jefe, hechura del anterior, que sabe realizar una de las más hábiles operaciones de aquella guerra, conocida en la Historia Militar por «La expedición de Gómez»; singular episodio que fué llevado a cabo, a la vez, con gran pericia y con el calor y entusiasmo de una cruzada. Este general se llamaba don Miguel Gómez y Damas; era oriundo del antiguo reino de Jaén, y aunque en sus primeros años se dedicó al estudio de las Leyes, se consagró más tarde a la profesión militar con motivo de la guerra contra Francia en 1808, en la que se alistó voluntario, tomando parte muy activa en la campaña que terminó gloriosamente para nuestras armas en la jornada de Bailén. No prosperó mucho Gómez en su carrera militar, pues solamente era

teniente coronel cuando abrazó la causa legitimista, siendo elevado después por Zumalacárregui al empleo de mariscal de Campo, al apreciar la valía del subordinado. Ni gozó tampoco dentro del carlismo de la reputación correspondiente a las dotes de que dió muestras en el famoso recorrido a través de las tierras de España, ya que su nombre cayó en relativa obscuridad, ignorándose los verdaderos motivos de tan injusta preterición, y aún se asegura que se vió envuelto en un proceso «*por haberse apartado de las instrucciones recibidas de la Superioridad*». Poco después de terminar la guerra, el famoso general fallecía en Burdeos, abandonado de todos, y en tierra bordelesa descansan sus restos.

Objeto de la expedición. Fuerzas que la integran. Las primeras escaramuzas. Acción de Villasante. Gómez llega a Oviedo. Las operaciones del general Manso. Santiago de Compostela y León. Acción de Escaro. La estrategia de Tarna.

El pretendiente al trono español don Carlos de Borbón abrigó el propósito de extender la línea de operaciones de su ejército a otras comarcas, con objeto de abarcar el mayor número de partidarios a su causa. El general don Bruno Villarreal, que sucedió en el mando al conde de Casa-Eguía, se mostró también conforme en llevar la guerra a otros lugares de la nación, con preferencia a Galicia, región que abrigaba elementos de gran consideración para la empresa y a la que sólo faltaba dar impulso, alentándoles. A poco se hizo, en vía de ensayo, una incursión por el interior del país con una fuerza insignificante de 200 infantes y 60 caballos, los cuales, a las órdenes del coronel Batanero, cruzaron el río Ebro el 29 de enero de 1835, llegando cerca de dos etapas de Madrid. El 6 de marzo esta pequeña columna se vió precisada a regresar a las provincias Vascongadas, lugar de su procedencia, teniendo que luchar contra el más cruel temporal de aguas y nieves, perseguida constantemente por numerosas fuerzas liberales. Fué entonces cuando se conoció el buen espíritu que reinaba en el interior de la Península en favor del pretendiente, y ello determinó que en el siguiente año de 1836 se organizase con el mayor sigilo otra División con tropas escogidas, destinada a operar en el Noroeste, según había propuesto Villarreal, para que, fijando allí la guerra, llamase la atención del enemigo y desahogase el Ejército de las provincias septentrionales. La expedición se componía de los Granaderos del Ejército, con muy poca gente,

los batallones 2.°, 4.°, 5.° y 6.° de Castilla, el 2.° y 3.° Escuadrón Provisional, y dos piezas de montaña con 10 artilleros. El total de la fuerza era de 2.700 infantes y 180 caballos, toda ella bajo el mando del mariscal de Campo don Miguel Gómez. Iban también en la columna el brigadier marqués de Bóveda, como segundo jefe; el del mismo empleo don Santiago Villalobos, jefe de la Caballería, y el también brigadier de Infantería don José María Arroyo.

Puesta en marcha la columna desde la villa alavesa de Amurrio, a las dos de la madruga del 26 de junio, llegó a las tres del 27 al lugajero de la Colina, después de recorrer nueve leguas. Para ocultarse de las vistas del enemigo subió a la Peña de Aro, efectuando marchas y contramarchas que se pueden calcular en dos leguas más de recorrido, llegando los expedicionarios muy fatigados, por lo que hubo que darles dos o tres horas de descanso. Después de esta breve estadía, la columna continuó su camino, no tardando en descubrir las avanzadas de la División que regía el general Tello, comandante general del Cuerpo de Reserva de las fuerzas isabelinas, el cual acababa de tener noticia del movimiento del adversario, yendo seguidamente a su encuentro.

El compromiso para Gómez fué muy grande en aquel momento, pues era mala la disyuntiva que se le presentaba: una situación crítica, si seguía, y la inevitable persecución, si retrocedía. Ante tal apuro el jefe carlista optó, casi a la desesperada, por el partido de los valientes, y en los campos de Revilla y Villasante logró una de sus más señaladas victorias, quedando en su poder 500 prisioneros y causando a su enemigo 170 muertos y 700 heridos, más la pérdida de mucho material. Durante este combate el jefe isabelino, al frente de tres compañías del Batallón de Betanzos, peleó bizarramente como un simple granadero, pero todo fué inútil. Los carlistas dieron una carga simultánea que hizo volver la espalda a la línea liberal, la cual se precipitó sobre la villa de Espinosa de los Monteros. Fué una dura etapa la huída a través de las montañas santanderinas, y se dijo que el general Tello tuvo que apearse de su cabalgadura a las 22 horas de estar montado, sin haber comido ni bebido en todo ese tiempo.

Apercibido Gómez de que el general Espartero, al frente de siete batallones y tres escuadrones, con un total de 6.000 infantes y 350 caballos, le perseguía, avanzó en la noche del 29, amaneciendo en los Caraveos de Reinosa. Esta jornada fué una de las más penosas de la División carlista, por tener que atravesar el río Ebro por desfiladeros casi inaccesibles, teniendo en alguna ocasión las tropas que caminar a rastras

para burlar a sus contrarios. Luego las fuerzas, tomando la dirección de Oviedo por Mataporquera, Herreruela, Camporredondo, Tarna y La Pola de Laviana, dieron vista a la capital del Principado el 5 de julio, formándose en aquélla el primer Batallón de Asturias, con un efectivo de 320 voluntarios, cuyo mando se dió al coronel don José Durán.

El día 8 los carlistas abandonaron Oviedo, yendo a pernoctar a la villa de Grado, en cuya fecha entraba Espartero en la primera de estas dos localidades al frente de 9.500 infantes y 500 caballos. La expedición descansó el 9 en Grado, observando los movimientos del adversario para caer sobre él si desmembraba fuerzas, a fin de cortarle el paso a Galicia; pero al siguiente día tuvo su jefe un aviso del avance con todas sus tropas, apresurando la marcha sobre la villa de Salas, llevando en vanguardia las municiones de guerra, los fusiles y la harina, conducido todo en carretas de bueyes, únicas acémilas del país, cuyo número no bajaría de ciento.

Continuaron los carlistas su marcha en dirección a Lugo, por Grandas de Salime y Fonsagrada, y cruzando el río Miño por ancho vado, permanecieron cuatro horas largas a la vista de la ciudad del Sacramento, y a un tiro de fusil de sus fortificaciones. Los defensores de la capital, en la que se encontraba el general Latre con 3.500 hombres del Ejército y tropas urbanas, nada hicieron para cortar el avance de las fuerzas expedicionarias.

Muy crítica era la situación en el campo constitucional, por lo que Espartero, que llegó a Lugo, dirigió a su Gobierno una manifestación, tan sentida como enérgica, revelándole antecedentes de la expedición carlista, el triste estado de las tropas que le seguían, las causas que lo motivaban y la inutilidad de su empeño por atajar el mal, sin recursos y abandonado de todos. A la vista de tan importante comunicación, el Gobierno, en vez de adoptar las medidas que aconsejaba Espartero, respondió por boca del ministro de la Guerra, don Santiago Méndez-Vigo, con promesas y generalidades que a nada obligaban.

El general Manso, que era uno de los jefes más capacitados con que contaba el Gobierno isabelino, al saber que había sido anteriormente evacuada la capital asturiana por las tropas carlistas, se encaminó a esta ciudad, procurando inspirar confianza y dando aliento a los timoratos. Para ello publicó un bando ofreciendo, en nombre de la Soberana, un completo olvido de lo pasado, si los descontentos tornaban a sus casas, medida oportuna que no dejó de producir sus efectos y que tan en armonía estaba con el carácter conciliador de éste buen militar.

Marcado en tanto el rumbo del adversario Gómez, salió Manso el 16 del citado mes para la villa leonesa de Villablino, situada en el valle de la Laceana, a marchas forzadas, y en Cangas de Tineo se enteró que un ejército carlista había cruzado el Ebro, pidiendo al Gobierno que cubriese la línea del Duero, que estaba amenazada. El día 18 de julio ocupó Gómez la ciudad de Santiago de Compostela, y allí se proveyó, como en Oviedo, de fusiles, pólvora, monturas, vestuarios de milicianos provinciales y otros efectos de guerra.

El general Espartero al frente de sus tropas se encaminó seguidamente a la ciudad del Apóstol, y todavía pudo su vanguardia alcanzar la retirada enemiga en la salida de la población.

Por Villalba, Mondoñedo, Grandas de Salime, Cangas de Tineo, Puerto de Leitariegos y Murias de Paredes, la expedición daba vista a León el 1 de agosto, en cuya capital descansó dos días, incorporándose a sus filas 200 voluntarios, que formaron un escuadrón titulado «4.° de Castilla», al que fué destinado como jefe el comandante don Victoriano Vinuesa.

El general Gómez creía que batiendo a su implacable enemigo Espartero podría dominar a las demás fracciones contrarias que le perseguían. Brindábale a ello las formidables posiciones enclavadas en el Puerto de Tarna, a cuyo punto quería llevar a su adversario para, esperándole allí, batirle. Le bastarían luego dos compañías de granaderos situadas en la boca del mencionado Tarna para sostener la retirada, encaminándose a tierras de la Liébana, si el enemigo, como era de esperar, seguía sus pasos. De acuerdo con este plan, el jefe carlista abandonó León al amanecer del día 4, llegando a Guardo después de una jornada de siete leguas. Descansó dos días, dando comienzo por Riaño la subida al puerto de Tarna, y siendo sobre la marcha vigorosamente acometido por los generales Espartero y Alaix, que dirigieron sus ataques a la fracción que mandaba el brigadier Arroyo, la cual fué sosteniendo el combate hasta la villa de Escaro, en las montañas leonesas, donde se encontraba el resto de la fuerza carlista. La acción de Escaro fué tan ruda y empeñada como lo exigía el sitio en que se sostuvo y comenzó trepando la masa constitucional por ásperas breñas hasta llegar donde los carlistas se hallaban. Gómez dió parte luego a su Gobierno, anunciando que había alcanzado una gran victoria, ocasionando más de 600 bajas a las tropas isabelinas, sin haber sido las suyas más que 50; en cambio, Espartero aseguró «que la facción de Gómez había quedado completamente destruída», y ni uno ni otro dijeron la verdad. Lo cierto fué

que los constitucionales, trepando y batiéndose de manera admirable, se enfrentaron con las huestes contrarias sin alcanzar una gran victoria en su primer choque. Los carlistas pelearon muy bien, aunque el terreno no permitió otra cosa, y Gómez no pudo manejarse libremente por el temor de perder la poca artillería que llevaba y por el embarazo que la causaba el gran convoy que conducía, formado por cuanto había acopiado y cuya pérdida le hubiera ocasionado gran perjuicio.

En resumen: unos y otros lucharon con valor, y la acción terminó, por el momento, disgregándose las fuerzas sobre lugares prefijados.

El general Gómez se dirige a Castilla. Sus planes. Una infantería transportada. Espartero es relevado por Alaix. Derrota del general López en Matilla. Los carlistas entran en La Alcarria. Defensa de Requena. Acción de Villarrobledo.

La columna carlista salió de Cangas de Onís el día 24 por la tarde, a consecuencia de haber llegado el general Espartero a cuatro leguas de la mencionada localidad, por la parte de Oviedo, y el general Gómez aprovechando entonces la ocasión de tener todas las tropas adversarias a su espalda emprendió la ruta hacia Castilla, llegando a Potes el día 16 al mediodía; allí se le incorporó el brigadier Arroyo. Reunidos todos, continuaron por el Puerto de Cabezuela, Piedras Luengas, Cervera del Río Pisuerga y Prádanos de Ojeda, en cuya localidad el jefe carlista creyó oportuno consultar la opinión de sus compañeros sobre la marcha de las operaciones, citándose a una Junta a la que asistieron, además de los jefes que formaban la expedición, los coroneles Fulgosio y Castillo. Presentada por el general la cuestión de sí debería volver a los territorios que dejaban o continuar el iniciado movimiento hacia Castilla, fué opinión unánime que se debería operar por el interior de la Península, porque, además de ser esto más acorde con las victorias logradas, se podría encontrar tal vez la oportunidad de fijar la lucha en alguna parte favorable, quedando además el Ejército del Norte más expedito para obrar.

Decidido con esto el plan propuesto, la columna carlista continuó por Herrera del Río Pisuerga, atravesando Frómista, Piña de Campos y Fuentes de Valdepero, hasta dar vista, en la tarde del 20, a las torres de San Miguel y la catedral de Palencia, donde se descansó dos días, gracias a la enfermedad de su perseguidor Espartero; pero al acercarse Alaix, se abandonó la ciudad el 22, apoderándose antes de cuantos carros de

mulas ofrecía el país, y montando en ellos a la Infantería consiguióse hacer más largas las jornadas; logrando con ello dos cosas: llevar más delantera al adversario y quitarle los elementos de transporte. Con este afortunado proyecto, Gómez consiguió sobre su contrario tres jornadas de ventaja.

Encargado por el Gobierno de Madrid para el mando de una División en el Norte, el general Espartero designó como sucesor provisional en Castilla al general Alaix. Gómez continuó por Piñel de Arriba, Pesquera de Duero y Peñafiel, en cuyo castillo se encontraba un grupo de constitucionales, que se negó a rendirse. Prosiguieron los carlistas el 23 por Fuentidueña y Torrecilla, repasando el Duero, y siguiendo por Turégano, Riaza y Atienza para atraer por aquella parte las fuerzas enemigas y hacer una demostración sobre las inmediaciones de Madrid.

Agitados los ánimos por las continuadas victorias carlistas, quiso el Gobierno liberal dar un golpe a la expedición, para así librar a la capital de la nación de la zozobra que experimentaba al ver tan próximas las vanguardias adversarias. Para ello hizo salir una fuerte columna constituída por fuerzas de la Guardia en la dirección de Aranda de Duero, poniendo a su frente al bravo brigadier don Narciso López, «*distinguido por su lanza en la Rivera y admirado por su osadía en los combates*». Mas noticioso el general Gómez de que su contrario se encontraba el 29 a dos leguas de Sigüenza, dió las órdenes oportunas para emprender la marcha al amanecer del 30 de agosto camino de Bujalaro, en la orilla del río Henares, con intención de atacarlo. Aguardábale en Matilla el general isabelino López con sus fuerzas desplegadas en orden de combate. Hicieron alto las huestes carlistas en espera de que el coronel Fulgosio ejecutase el movimiento que por su derecha había emprendido con dos batallones; y éstos lograron envolver a los constitucionales, a pesar de su buena artillería y de ser regidos por un jefe de prestigio, acostumbrado a vencer.

La derrota fué tan grave para la causa liberal que el Gobierno decidió que el ministro de la Guerra, general Rodil, saliese a campaña para dirigir personalmente las operaciones, situando las columnas destinadas a la persecución del caudillo carlista en los siguientes puntos: Columna Puig Samper en Sepúlveda, en combinación con las de Segovia; en Almazán, la de Manso; en camino, la tercera División del Ejército del Norte, que conducía el general Alaix, y en Alcalá de Henares, un fuerte contingente de tropas de todas las armas como reserva general, refuerzo que había salido de Madrid el 25 del citado mes.

El Mariscal de Campo Don Miguel Gómez

(Del libro de Melchor García Moreno, *Bibliografía e Iconografía del Carlismo Español*).

Retrato, escudo de armas y facsimil de la firma del General don Isidro Alaix

(Del libro de Pedro Chamorro y Baqueriza, *Estado Mayor General del Ejército Español*; Madrid, 1851).

Los carlistas pernoctaron en Esplegares, cerca de Cifuentes, y su jefe concibió entonces el pensamiento de encaminarse a Cantavieja, en el reino de Aragón, para desembarazarse de los prisioneros y los trofeos de sus victorias; al emprender la marcha se enteró de que el capitán general del distrito en que se hallaban, don Evaristo San Miguel, estaba muy cercano a su ruta. Gómez entonces varió de dirección, encaminándose a tierras de Cuenca, pasando por Torres, Terriente, Salvacañete, Alcalá de la Vega, Landete y La Torre y llegando a la importante villa de Utiel el 7 de septiembre, en cuya localidad permaneció los días 8, 9 y 10, que se aprovecharon para construir lanzas, recomponer armas y aprovisionarse de algunos otros elementos guerreros. Allí recibió el jefe noticia de la llegada al día siguiente de sus subordinados el brigadier Quílez, con tres batallones y cuatro escuadrones, y el también brigadier Morales, comandante general de Valencia, con un refuerzo que ascendía a 2.500 infantes y 550 caballos. Como es lógico, estos envíos fueron recibidos con la natural alegría. También se incorporó a la columna el general don Ramón Cabrera, comandante general de Aragón.

Reunidas todas las fuerzas, se convino que acompañarían a Gómez para ejecutar una incursión en la Mancha, amenazar Madrid y aun atacarla si el estado de su defensa lo permitía. Don Ramón Cabrera, lleno de entusiasmo y ardiendo en deseos de gloria, quiso también ir con la expedición.

El día 13 las dos mencionadas Divisiones se encaminaron a la villa valenciana de Requena, plaza defendida por el coronel Albornoz. Los carlistas atacaron infructuosamente con fuego de fusil y cañón a la citada localidad, que se defendió heroicamente. Descansó la expedición en Utiel el 14, y al día siguiente emprendió por Casas Ibáñez la marcha hacia Albacete, para ocultar, sin duda, sus propósitos y no llamar la atención de las fuerzas que guarnecían con efectivos muy escasos la plaza de Madrid. El 17 permaneció en la capital manchega, saliendo el 18 y pasando por La Roda. El día 19 el jefe carlista, teniendo noticias de que su perseguidor Alaix trataba de ejecutar un movimiento envolvente, se acantonó en Villarrobledo, localidad algo separada hacia la izquierda de la carretera de Valencia a Madrid, y hasta allí le siguió su adversario con 4.000 infantes y 350 caballos, situando sus tropas junto a un olivar espeso en las inmediaciones de la villa, donde iban formando las compañías según iban llegando. Reunidas todas, su jefe las arengó, recomendándoles serenidad y confianza, y al toque de diana avanzaron hasta las mismas tapias del pueblo, entrando en él algunas

fracciones que sorprendieron a los centinelas carlistas. El general Gómez, al ver lo que sucedía, salió a caballo en dirección del camino que traía su enemigo. En este tiempo el fuego aumentaba, oyéndose ya dentro de la villa, lo que indicaba que el adversario encontraba resistencia. El jefe carlista dió las órdenes oportunas de defensa, pero siempre marchando en una perpendicular al camino de la Mota del Cuervo, pueblo donde pensaban pernoctar aquella noche. El general isabelino aprovechó la maniobra de su enemigo, y a la cabeza de cuatro batallones y 200 húsares de la Princesa, mandados por el famoso jinete don Diego de León, dió una impetuosa carga, que obligó a los carlistas a emprender la retirada, la cual don Ramón Cabrera sostuvo serena y valerosamente, ejecutándola por batallones escalonados y en dirección a Osa de Montiel. Ello determinó que quedara en suspenso la anunciada marcha sobre Madrid. El día 21 la columna carlista vivaqueó en Villahermosa, pernoctando en Infantas. A la mañana siguiente, a marchas forzadas, cuzaron Villamanrique, durmiendo en Chiclana de Segura. Las sucesivas jornadas fueron Villanueva del Arzobispo, Ubeda, Baeza, Bailén y Andújar, continuando, después de descansar unas horas en El Carpio, a Córdoba, en donde entraron el 30 de septiembre.

La situación en que se hallaba el país era por entonces muy grave. Las exigencias más perentorias rodeaban al Gobierno. Exhausto enteramente el Tesoro, sin crédito, desatendidos todos los servicios, luchando los partidarios de don Carlos en el corazón de España, fermentando la causa de aquél de una manera imponente en Aragón y dejando tras sí hondas huellas en Asturias y Galicia, se reclamaba un esfuerzo inmediato. No era posible que con estos antecedentes preparase el ministro Rodil, sin pérdida de tiempo, una campaña decisiva, como la opinión solicitaba. Se precisaba crear recursos, y para ello se requería tiempo. El 21 de septiembre, considerando el formidable impulso de los carlistas del Bajo Aragón, unidos a los de Gómez, el general Rodil se propuso cubrir la plaza de Madrid, así como las de Cuenca y Toledo, con objeto de hacer imposibles las incursiones por el exterior, estrechando al enemigo y obligándole a batirse. Para este plan contaba el ministro Rodil con 22.000 hombres, a que ascendería el Ejército del Centro, más los 5.700 infantes y 300 caballos que él mismo conducía, con otros 3.500 y 190 caballos que regía Alaix y las fuerzas que mandaba don Evaristo San Miguel, capitán general de Aragón, además de las brigadas de Bermuy y Narváez.

Combinada la operación y dispuestas tales fuerzas a ocupar los luga-

res designados, el plan debería ser puesto en marcha simultáneamente, pero la noticia de la jornada en Villarrobledo echó por tierra estos propósitos, dándose la orden de suspender el movimiento y quedando en observación las tropas, que siguieron en sus puntos de acantonamiento. Mientras tanto el General Gómez se mostraba ufano con su dominación en Andalucía, abrigando el propósito de extender su radio de acción a otros puntos del sur de la Península, ya que su estancia en Córdoba había dado por resultado el aumento de sus contingentes por la incorporación de 2.000 voluntarios, creándose además dos escuadrones con los caballos requisados, uno de los cuales se le llamó de «La Legitimidad».

La victoria de Alcaudete. Los carlistas, nuevamente en Córdoba. El General Gómez entra en Extremadura. Libertad de los prisioneros constitucionales. Toma de Almadén.

Decidida la provincia de Córdoba por la Causa de Don Carlos, se disponía la Expedición en la mañana del día 14 a marchar sobre Sevilla, con las Divisiones de Aragón y Castilla, dejando en la capital andaluza la Brigada del Marqués de Bóveda, cuando llegaron hasta el jefe carlista noticias de que el Comandante General de Málaga, Brigadier Escalante, al frente de una numerosa columna, se proponía invadir el antiguo reino cordobés. Gómez decidió entonces encaminarse a Castro del Río, a cuyo punto llegó después de anochecido. No era aún de día cuando los carlistas se dirigieron a cortar el avance de la columna Escalante, que fué avistada al amanecer del 5 en la dehesa de Alcaudete, donde las avanzadas habían tomado las entradas del pueblo. El intrépido don Ramón Cabrera, con dos escuadrones de Aragón y una compañía de Cazadores, dió alcance a su adversario, que le hizo frente. Una vez empeñada la acción resistieron vigorosamente los constitucionales las impetuosas cargas de los carlistas, cediendo al fin abrumados por el número, y siendo perseguidos largo trecho por la Caballería, sin poder rehacerse; salvándose en Martos los caballos y en la vecina sierra los infantes. Cerca de 300 prisioneros hizo en esta jornada el General Gómez, y orgulloso de su triunfo pasó a Cabra, pernoctando el 6 en Lucena; los prisioneros y efectos aprehendidos fueron enviados a Córdoba.

La Expedición llegó el 7 a Montilla, donde se incorporó el Marqués de Bóveda con los elementos de su Brigada y equipajes, además de dos Batallones de los voluntarios realistas de aquella capital, la Junta Supe-

rior y otras personas notables de la provincia que no quisieron exponerse a la saña del enemigo. Esta llegada sorprendió al General Gómez, porque todas sus confidencias estaban contestes en que el movimiento de su contrario Alaix, única fuerza que podía inquietarle, era hacia el reino de Granada; pero el Brigadier Marqués de Bóveda tuvo informes fidedignos de la entrada del enemigo en Bailén, y recelando pudiese caer sobre la ciudad de los Califas, deliberó entonces con la Junta acerca de la resolución a adoptar, decidiendo evacuar la capital cordobesa. El 12 la Expedición entraba nuevamente en la misma, que fué definitivamente evacuada a los pocos días, al tener noticia de que las fuerzas de Alaix, Espinosa y Narváez llegaban al puente de Alcolea. Era propósito de Gómez acercarse a Extremadura por Ciudad Real, dirigiéndose por Villaharta a Sierra Morena, apartándose lo más posible de Despeñaperros por si el General Alaix cubría aquel puerto.

Cuando el día 13 se llegó a Pozoblanco, Gómez licenció a todos los prisioneros que tenía en su poder, exigiéndoles juramento de no tomar las armas contra Don Carlos, haciéndose extensivo el licenciamiento a los oficiales y funcionarios cogidos en los fuertes de Córdoba, con las mismas condiciones; muy pocos faltaron a su promesa.

Mientras tanto seguían activamente las marchas y contramarchas de las fuerzas contendientes, esquivando el general carlista el encuentro con su contrincante General Rodil, quien en su opinión podía tomar dos caminos: el de Despeñaperros o el de Extremadura. En observación de ambos, su plan era internarse por Sierra Morena, continuando el 16 a Villanueva de la Jara y el 17 a Fuencaliente. Allí supo que Rodil se hallaba en Almodóvar con 9.800 hombres, entre ellos la famosa Guardia Real, y en la misma noche vivaqueó en las montañas y sitio de las Navas, tres leguas distante de una de las Brigadas del Ministro isabelino de la Guerra. En jornadas sucesivas los carlistas pasaron por los Pedroches, La Conquista, Pozoblanco, Torremilanos y Alamillo, dando vista a la importante localidad minera de Almadén el 24 de octubre.

Formalizado el sitio de la plaza, sus alrededores fueron vigorosamente atacados. Los sitiados opusieron una fuerte resistencia desde los edificios aspillerados, llenos de trincheras y parapetos; pero por la tarde los valencianos y aragoneses lograron entrar en el recinto urbano por los lados del Este y Sur, mientras que los castellanos llamaban la atención del enemigo por el Norte y Oeste con un horroroso fuego, consiguiéndose que los sitiados capitulasen después de sufrir grandes pérdidas.

CENSURAS DE LA OPINIÓN POR LA ACTUACIÓN DE RODIL. CONSIDERACIONES SOBRE EL PARTICULAR. EL GENERAL GÓMEZ LLEGA A GUADALUPE. DON RAMÓN CABRERA SE SEPARA DE LA EXPEDICIÓN. SE DIRIGE AL MAESTRAZGO.

La toma de la importante localidad de Almadén, como no podía ser por menos, produjo en los medios gubernamentales una profunda impresión. El mismo General Rodil concedió a este suceso una importancia acaso decisiva para la marcha de la guerra. La ocupación de la villa minera, precisamente por las huestes derrotadas poco ha en Villarrobledo, causó una sensación dolorosa en el ánimo del Gobierno, inquietado también por la derrota de los Generales isabelinos Tello, Pardiñas y López.

Perdonábase en buena hora que el General Alaix no hubiera seguido a los fugitivos de Villarrobledo; pasábase por la pérdida de Córdoba; pero no se concebía que, rodeada la Expedición por seis jefes del Ejército a las órdenes del Ministro del Ramo, atravesase por medio, y casi a su vista, embistiese y asediase formalmente un punto interesante fortificado, y deteniéndose dos días en rendirlo, se ufanase con la presa, sin ser por nadie hostilizado. ¿Por qué el General Rodil no siguió directamente la ruta de la Expedición? ¿Cuáles fueron sus disposiciones sobre el particular?

Ciertamente no se concibe que un militar como el Marqués de Rodil, encanecido y de renombre por su heroísmo en América, que había hecho la guerra en las provincias vascongadas, que había observado la constante movilidad y rapidez de la Expedición, que por su ruta era hija de las circunstancias, la considerase como una *Fuerza fija* en un país, establecida sin otra misión que la de contrariarle. Dígase lo que quiera en su descargo (1), las operaciones contra Gómez no fueron las que convenían al fin que se había propuesto. Con un enemigo que sólo se proponía llevar la guerra a cuantos lugares ofrecían posibilidades de sostenerla, a quien no convenía aventurar choque alguno y sí huírle si no se le presentaban ventajas, privando a la vez de recursos al

(1) «Manifiesto publicado en Lisboa en enero de 1837 por el General Rodil en su defensa ante las acusaciones por su actuación en la Guerra Civil 1833-1839.» Madrid, 1857.

Gobierno y alentando a sus prosélitos, solamente había un plan de campaña: «Alcanzarle y batirle».

Continuó la Expedición su marcha, alzando el campo de Almadén en la noche del 24 de octubre y pernoctando en la del 25 en Chillón. Tomado Puente del Arzobispo por el Capitán General del Distrito, señor Carratalá, y lo mismo los demás puentes, barcas y vados inmediatos, no podía el general carlista contramarchar, emprendiendo entonces la ruta hacia Cáceres, con el fin de cruzar el río Tajo por el puente llamado del Arzobispo o el de Alcántara. Y en efecto, sin pérdida de tiempo, tomaron las tropas aquella dirección, llegando el día 27 a Guadalupe, el 28 a Logrosán y el 29 a Trujillo, donde descansó la columna el día 30 de octubre. En la mencionada localidad se celebró una junta de jefes para tratar de las operaciones futuras, y en particular de una proposición del General don Ramón Cabrera pidiendo ir en socorro de Cantavieja, amenazada por el General don Evaristo San Miguel. Después de haber oído y discutido detenidamente todos los pareceres y observaciones que se ofrecieron al intento, acordaron por unanimidad «que era tan clara y visible la ventaja propuesta por Cabrera, que le autorizaron ir a socorrerla protegido por la División de Valencia, que mandaba el Brigadier Miralles».

El 31 emprendió la Expedición su marcha camino de Cáceres, en cuya capital entraron en la tarde del mismo día, no deteniéndose en ella más que el tiempo indispensable para dar un pequeño descanso a la columna, ya que el principal objeto era ver el medio de abrirse un camino por el Tajo y salir de la falsa posición en que se hallaban metidos, como en un callejón sin salida. A este fin destacó Gómez a la ligera 40 caballos y 30 infantes para que sorprendiesen el puente de Alcántara, pues el del Arzobispo, que estaba más cerca, lo tenía el enemigo en su poder, hallándose muy vigilado.

La partida con tanta oportunidad enviada se apoderó del de Alcántara, y después de un corto tiroteo con los liberales quedaron dueños los carlistas de tan codiciado paso.

El 2 de noviembre salió toda la División para el mencionado punto por Arroyo del Puerco; pero, a poco más de una legua, tuvo noticia su jefe de que las columnas de Rodil y Alaix, a marchas forzadas, caminaban hacia Madrid a protegerlo, porque se hallaba amenazado por las fuerzas del Pretendiente.

GÓMEZ VUELVE A ANDALUCÍA. ENTRADA EN RONDA. DESTITUCIONES DEL MARQUÉS DE RODIL Y DE ALAIX. LOS BRIGADIERES RIVERO Y NARVÁEZ LES SUSTITUYEN. LOS CARLISTAS ABANDONAN LA SERRANÍA. UN MOVIMIENTO ESTRATÉGICO. LA EXPEDICIÓN LLEGA FRENTE A GIBRALTAR.

Por Miajadas y Villanueva de la Serena entraron nuevamente en Andalucía. El día 9 vivaquearon en Constantina de la Sierra y Palma del Río; el 10 cruzaron el río Guadalquivir en barcas, sobre un puente de carros la Infantería y por un vado la Caballería. Desde Palma del Río marchó la Expedición por el puente sobre el río Genil a Ecija, donde descansó el 12, llegando al siguiente día a Osuna. Continuó sin tropiezo la marcha por Marchena y Olivera, alcanzando la ciudad de Ronda el día 16, localidad que antes evacuaron las tropas que la guarnecían.

Mientras esto ocurría, la opinión liberal del país continuaba indignada con el proceder del General Rodil por su poco acierto al no imprimir a las operaciones sobre las huestes de Gómez el esfuerzo y rapidez necesarios, llegando a susurrarse en todas partes que tanto su proceder como el de su colega Alaix se hacía sospechoso para su fidelidad al trono de Isabel II. Ello determinó que el Gobierno destituyera a ambos Generales de sus respectivos mandos, no empleando los trámites reglamentarios, sino por mediación de un simple diputado militar de muy inferior categoría a la de aquellos señores.

De Ronda salió la Expedición el día 19 por la tarde, pernoctando su cuartel general en la villa malagueña de Atajate. Esta salida había sido muy repentina a consecuencia de que el General Rivero, con 8.000 infantes, que eran los que mandaba Rodil al ser destituído, había llegado al mediodía a tres leguas de la ciudad rondeña, a marchas forzadas, para impedir la sublevación de la Serranía que el jefe carlista pretendía hacer con la ayuda de algunas personas de significación afectas al Pretendiente.

Gran sentimiento le produjo tener que abandonar aquella comarca, que tantos recursos y esperanzas le había ofrecido, y en la que el General se había lisonjeado de hacer la guerra en el invierno, pero no hubo otro remedio que despistar a su enemigo Rivero efectuando un movimiento divergente, merced al cual se salvó la columna del peligro que la amenazaba. Llegó el 20 a Gaucín, localidad que Gómez abandonó al siguiente día, encaminándose a San Roque e incorporándose al

grueso de la columna un escuadrón carlista. Al divisar aquélla la del Brigadier Ordóñez, la persiguió hasta La Línea, poniéndola bajo el tiro de cañón de la plaza de Gibraltar, cuyo Gobernador mandó un ayudante para avistarse con el jefe carlista, manifestándole que se vería en la precisión de romper el fuego de cañón si los expedicionarios penetraban en territorio británico.

El día 22 el cuartel general de la 1.ª División entraba en Algeciras, en cuyo puerto sufrieron el fuego vivo de una fragata inglesa, una corbeta portuguesa y varios guardacostas españoles. Se dispararon sobre los carlistas 200 cañonazos, sin mayores males.

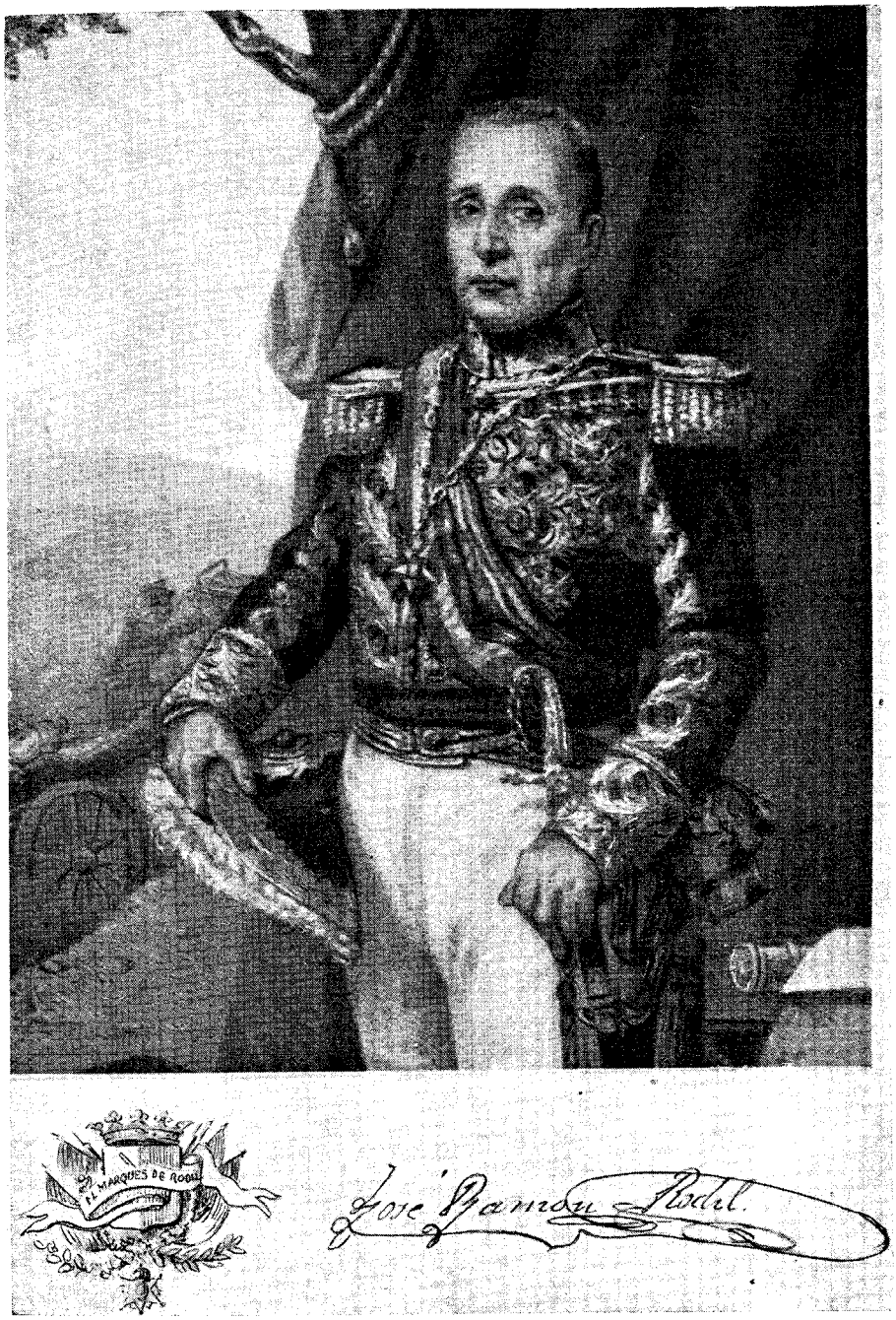
Allí, frente al Peñón, en un día de los claros y hermosos que se ven en aquella región, las tropas del Pretendiente experimentaron, como era natural, gran júbilo y entusiasmo al pisar la parte más meridional de la Península Ibérica, ondeando ante el altivo pabellón inglés las armas y estandarte de Don Carlos de Borbón, acreditando la importancia de los mismos, no reducidos ya a las montañas del Norte, Cataluña y Aragón.

Los carlistas, en San Roque. La persecución se hace constante. Acción de Majaceite. Narváez y Alaix. La guerra de piernas. Discrepancias en los mandos. La Expedición retorna a las provincias vascongadas.

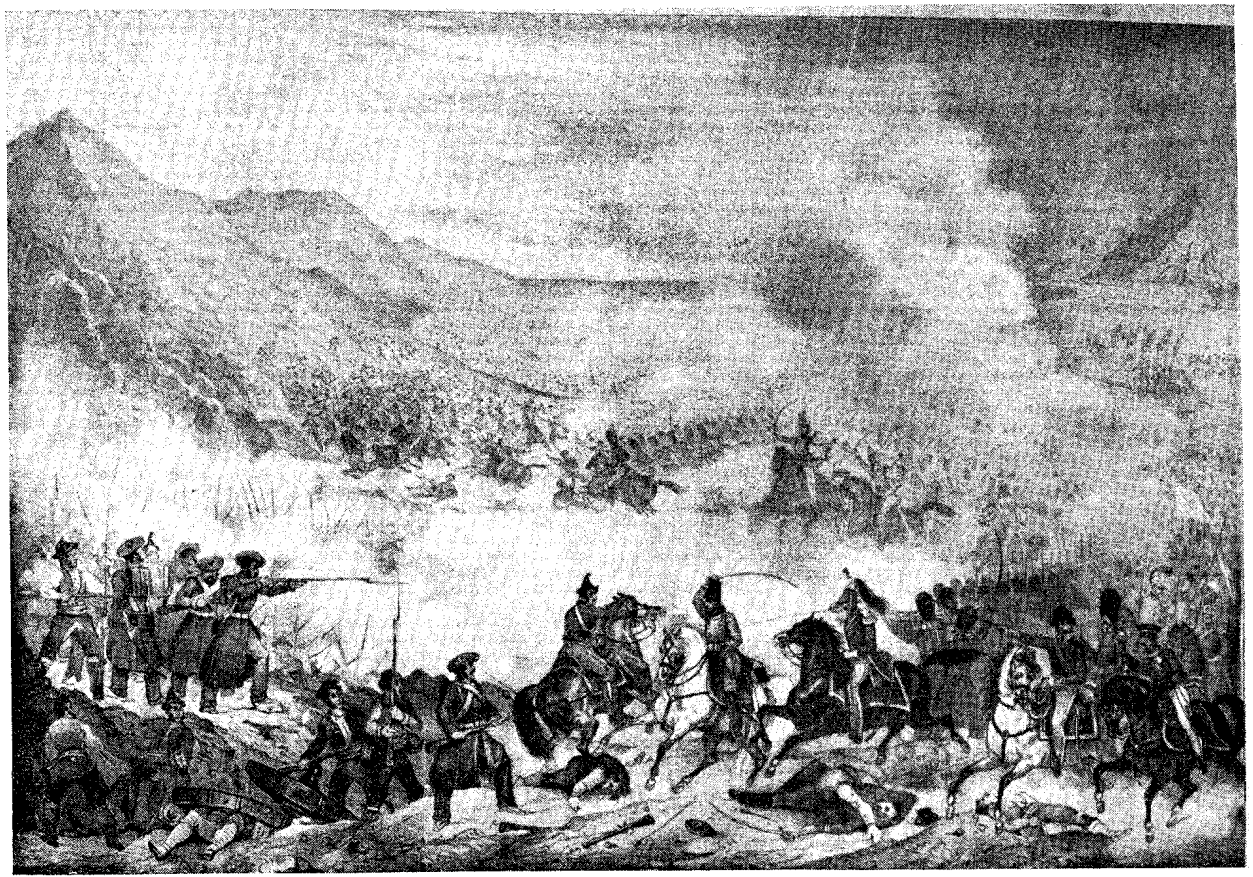
La 2.ª División quedó en San Roque, cubriendo el servicio de La Línea y en observación del adversario Brigadier Ordóñez, que seguía acantonado bajo el tiro de cañón de la plaza inglesa. Sin embargo, la permanencia del General Gómez y sus huestes en la zona fronteriza se iba haciendo por momentos más difícil, debido a las presiones extranjeras de todo orden; por ello, en la tarde del 23 dió aquél la orden de marcha a las dos Divisiones, emprendiéndola con dirección a la villa de Alcalá de los Gazules.

Las confidencias que Gómez poseía de sus enemigos eran las siguientes: el General Rivero vivaqueaba en Jimena; Alaix, en la costa de Málaga; Narváez ocupaba Los Arcos, y los liberales de Sevilla, Cádiz y Jerez, más los marinos, se hallaban con el Brigadier Espinosa en Chiclana y Medina Sidonia.

El jefe carlista, apercibido de la maniobra de cerco que le tendían sus adversarios, y ante la imposibilidad de rehuir el encuentro, envió



Retrato, escudo de armas y facsimil de la firma de don José Ramón Rodil, Marqués de Rodil (Del libro de Pedro Chamorro y Baqueriza, *Estado Mayor General del Ejército Español*; Madrid, 1851).



«Derrota del cabecilla Gómez, por el General Narváez en Monte de Maja-aceite el día 25 de No.bre de 1836». Según reza un grabado de la época.

(Biblioteca Nacional. Sala de estampas.)

algunas de las unidades de la vanguardia, al mando del Coronel Fulgosio, para sostener una acción, que tuvo lugar en la confluencia del río Majaceite con el Guadalete, no lejos de Arcos de la Frontera.

El combate comenzó con el ataque de los Batallones de Aragón y Valencia a la línea contraria, y cuando los contendientes llevaban más de una hora de fuego, el jefe carlista recibió un aviso urgente de que Rivero distaba de su retaguardia poco más de una hora, según el punto donde lo dejaron los confidentes y la dirección que traía. La situación de los carlistas era muy difícil y expuesta al fracaso, y entonces su general ordenó la retirada, escalonando al efecto sus tropas; movimiento que se realizó con la mayor rapidez y orden. Los Cazadores del 6.° Batallón de Castilla hicieron un daño horroroso a uno de los escuadrones adversarios, que osado le acometió en un terreno bastante escabroso. Esta fuerza, que luchó con indomable arrojo, iba mandada por el Coronel Mayalde, distinguiéndose igualmente por su bizarría el Brigadier Narváez, viéndosele en todas partes arrostrando los mayores peligros. También mereció plácemes por su comportamiento el Coronel Ros de Olano, tan distinguido luego en la guerra que España sostuvo en el imperio marroquí, por los años de 1859 y 1860.

La Expedición llegaba a las 12 de la noche a las cortijadas de Villamartín, a cuatro leguas del General Narváez y cinco de Rivero, esquivando el encuentro y pudiendo rehacerse sin ser exterminada, como se había propuesto el Gobierno de Madrid.

No fué la jornada de Majaceite tan estéril para la causa de Doña Isabel como llegó a asegurar el General Alaix en un escrito que publicó por entonces (2). La enemistad con su colega Narváez le ofuscó al extremo de sentar como cierto que el vencido y derrotado fué éste. No recusará el más afecto a Alaix la propia confesión de parte. «Firmes al principio en sus escogidas posiciones —dicen los carlistas—, mas de repente ordenó Gómez la retirada, y en ella se batió el resto del día, de posición en posición, acometiendo siempre y sosteniéndolas con bizarría.»

Desde Villamartín, donde permanecieron los carlistas el 25, pasaron a Morón, y después a Osuna y Estepa, pernoctando aquí. El 27 entraron en Cabra por el puente de Don Gonzalo, antes de anochecido, en cuya hora se tuvo noticia de que parte de la Caballería de la columna

---

(2) «Manifiesto de las Operaciones ejecutadas en Andalucía para el exterminio de Gómez.» Madrid, año de 1857. Un folleto en 4.°

Alaix y toda la de Narváez se hallaban en Lucena, una legua distante, y la Infantería de aquél en Zapateros, a dos leguas.

El General Gómez dióse cuenta de lo peligrosa que era su situación, cada día más difícil, porque el adversario iba en aumento, circunvalando sus acantonamientos y sus vivaques e impidiendo con una estrecha vigilancia en los pueblos la salida y entrada de personas sospechosas. Ello originó, como era natural, la falta de confidencias, que muchas veces eran tardías para tomar una pronta resolución adecuada al caso. Así ocurrió al llegar a Alcaudete, pueblo que recorrió acompañado del Coronel Fulgosio, con objeto de establecer la seguridad en reposo de su columna, aumentando las avanzadas, guardias y retenes para no ser sorprendido y montando el servicio con la mitad de sus efectivos. De poco sirvió tal precaución, porque a medianoche el toque de llamada redoblada los reunió precipitadamente, ya que la vanguardia del General Alaix irrumpía en la mencionada localidad por sorpresa, arrollando y dispersando a las huestes carlistas, que se vieron precisadas a toda prisa a dejar el pueblo en dirección de Martos, abandonando en el campo muchas bajas y material de guerra.

La sorpresa de Alcaudete causó una impresión penosa en el ánimo de los expedicionarios. La pérdida moral fué de tanta consideración, que puede decirse que desde aquel momento se convenció su jefe de que para salvarse no había otra solución que volverse reunidos a las Provincias Vascongadas. Téngase en cuenta, además, que la ayuda de los simpatizantes andaluces iba disminuyendo, ya que las levas en aquella parte del país no surtían el efecto deseado. Por otra parte, una vez alcanzado el punto más alejado de la Península, llevando en alto las victoriosas banderas de Don Carlos de Borbón, podía dar por conclusa su actuación en el ámbito nacional, no poniendo sus fuerzas en el trance de ser copadas por las numerosas columnas gubernamentales dedicadas a su persecución y exterminio.

Desde este punto de vista, el regreso de la Expedición a sus cuarteles de Amurrio constituía una nueva prueba de la prudencia de su conductor, no exponiendo la pequeña columna a los azares de una amplia diversión en el tecnicismo castrense y dando preferencia *«a una guerra de piernas»*, en el sentido más estricto de esta palabra.

Difícil sería, en verdad, encontrar en el curso de nuestras contiendas civiles del pasado siglo otra empresa más atrevida en su concepción ni más audaz en su ejecución que la realizada por el General Gómez, no solamente por la amplitud de sus correrías, sino por el tino de que

dió muestras al regresar con escasas pérdidas al mismo lugar de donde partiera.

CONSIDERACIONES SOBRE EL REPLIEGUE CARLISTA. ORDEN Y MÉTODO. EL GENERAL ALAIX PERSIGUE A SU ADVERSARIO SIN DARLE ALCANCE. LA VELOCIDAD EN LAS JORNADAS. GÓMEZ CRUZA DESPEÑAPERROS Y ENTRA SIN MAYORES CONTRATIEMPOS EN LA REGIÓN MANCHEGA. PROSECUCIÓN DE LA RETIRADA.

En el campo de los carlistas produjo una gran decepción la noticia de la retirada de Gómez, quien había hecho concebir a sus secuaces grandes esperanzas sobre el resultado de las operaciones en el centro de la Nación. Sobre este interesante asunto nadie más autorizado que el Gobernador del Cuartel General carlista, don J. Delgado, el cual, en su folleto sobre aquella famosa operación, expuso sus ponderados juicios y atinadas razones acerca de las causas determinantes que obligaron a regresar al punto de partida (3).

«Aunque la pérdida material que tuvimos en Alcaudete—dice el señor Delgado—fué de poca consideración, en lo moral fué de tanta, que desde aquella misma noche me convencí que para salvarnos no había otro remedio que volvernos a estas provincias si, como se veía, no acudían tropas a nuestro socorro. De esta misma opinión fueron casi todos mis compañeros; sin embargo, otros aún pretendían que, haciendo un esfuerzo verdaderamente colosal, se podría reanimar el espíritu de las Divisiones, abatido por el cansancio y la fatiga, sin haber podido parar en más de cinco meses sino instantes, perseguidos constantemente por fuerzas muy superiores y en todas direcciones. A pesar de tantas acciones brillantes y de tantos hechos gloriosos no habíamos podido fijarnos en ninguna parte, ni contestación había tenido el General a las varias comunicaciones que había dirigido al Ministerio, en algunas de las cuales, después de pintar nuestra situación, hacía ver la necesidad en que estábamos de ser apoyados por tropas que hubiesen salido de las Provincias Vascongadas. Los que opinaban por permanecer fuera de ellas pretendían que nos dividiésemos en pequeños Cuerpos o fracciones, y diseminándonos, viese cada Jefe de Sección el medio

(3) «Relato oficial de la Expedición de Gómez», por J. DELGADO. San Sebastián, 1943.

de sostenerse; pero no conocían que este medio de hacer la guerra no está al alcance de todos, y que sólo cierto carácter y genio particular puede sostenerla con buen éxito, y, además, todas las fuerzas que nos perseguían caerían sobre nosotros y concluirían en cuatro días lo que tantos sacrificios había costado.»

Después del aciago encuentro de Alcaudete, Gómez se encaminó a la villa de Martos, distante dos leguas de aquella localidad, reorganizándose sobre la marcha como pudo, y al salir el sol el 30 de noviembre, por Torre del Campo y Menjíbar cruzó el Guadalquivir, alcanzando el mismo día a las 10 de la noche Bailén, donde las tropas vivaquearon. La jornada Martos-Bailén fué de once leguas, ganando cuatro sobre sus adversarios. El 1.° de diciembre, por La Carolina, llegaron a Santa Elena, donde acamparon, no sin temor de que el General isabelino cayese sobre el camino real que llevaban.

El día 2, muy de mañana, abandonaron los carlistas su campamento, pasaron por Despeñaperros y llegaron, por El Viso del Marqués y Santa Cruz de Mudela, a Valdepeñas, ya muy entrada la noche. De esta villa manchega salieron al amanecer del día 3, y dejando la carretera de Andaducía a Madrid, variaron a la derecha, huyendo de la numerosa Caballería liberal que diariamente les iba picando la retaguardia.

Por La Solana y Argamasilla de Alba fué la Expedición a dormir al Tomelloso, pernoctando el día 4 en Mota del Cuervo, y en Horcajo de Santiago a la noche siguiente. Llegaron el 7 a Huete, donde se dió un descanso a la tropa, y sobre todo a la Caballería, que también necesitaba herrarse, aprovechando la delantera que sobre su adversario llevaba. La jornada de los carlistas en aquel día fué de quince leguas, mientras que las fuerzas del General Alaix emplearon el día en recomponer la barca de Menjíbar, destruída por sus contrarios después de servirse de ella.

Las fuerzas del Pretendiente abandonaron Huete, con dirección a Buendía, el día 6 de diciembre, y el 9 cruzaban el río Tajo, marchando por Sacedón y Auñón a Torija, localidad situada en la carretera de Madrid a Zaragoza; cruzaron luego Rebollosa, Hita, Cogolludo, Candemios de Arriba, Osma, y pasando el Duero por el puente inmediato a Matanza. Desde este punto, la columna Gómez, a marchas forzadas, llega a Osma, Berzosa, Fuente Ermegil, Huerta del Rey, Retuerta y Covarrubias, vadeando el Arlanzón.

GRAVE INCIDENTE EN EL BANDO CONSTITUCIONAL. DON DIEGO DE LEÓN Y ALAIX. EL GOBIERNO, ANTE LAS CENSURAS DE LA OPINIÓN. SIGUE LA EXPEDICIÓN SU RUTA HACIA EL NORTE. TÉRMINO DE LA MARCHA Y LLEGADA A ORDUÑA. CONSIDERACIONES.

Por aquellos días, y durante la constante persecución de las fuerzas del Pretendiente, ocurrió un incidente dentro de las filas liberales que pudo tener muy graves consecuencias, y que merced a los buenos oficios del Brigadier don Diego de León, considerado por entonces como «*la primera lanza de España*», y del General Rivero se logró evitar. El 13 de diciembre, estando la columna del General Alaix en el Burgo de Osma, se presentó el Coronel Paz con un escrito del Gobierno haciendo constar la extrañeza de que el mencionado General ostentase todavía el mando de la División, de la que había sido separado. El léxico del escrito en cuestión era de una extremada dureza, ya que se apercibía de ser tratado como traidor y castigado como tal, con arreglo a las leyes, en el caso inesperado de desobediencia al real mandato, y disponiendo la entrega inmediata del mando al Brigadier León. Este, rápidamente, se trasladó a Madrid con la representación de todos los jefes de la División, haciendo presente a la augusta Soberana y a su Gobierno que Alaix nunca había sido rebelde, que cumplió la orden de entregar el mando y que si no se separó de la retaguardia de la misma fué porque las tropas, alborotadas en su favor, no consintieron la marcha del jefe, que contaba con tantas y tan justificadas simpatías. El Gobierno, al recibir el escrito del General León, estuvo a punto de comprometer con una medida de rigor la causa que defendía, pero se impuso el buen sentido del bravo militar, «asegurando que la augusta Doña Isabel II no tenía defensores más leales ni más decididos partidarios por el orden que el General Alaix y los jefes cuya representación ostentaba el luego Conde de Belascoaín».

Sigamos con nuestra narración al General Gómez, que al frente de sus huestes llevó a cabo un notable recorrido de más de cuarenta leguas desde Horche a la villa burgalesa de Covarrubias en poco más de seis días. La Expedición hizo alto el 14 de diciembre al llegar a la mencionada localidad, donde el General quiso consultar con los jefes de la agrupación la conducta a seguir, toda vez que, en virtud de la posición en que se hallaban las Divisiones por las numerosas fuerzas que la

perseguían, era de opinión que lo mejor sería internarse en los pinares de Soria, retrocediendo en una oportunidad al interior de la Península, o entrar en las Vascongadas. No fué dudosa la elección entre ambas medidas propuestas. En el último sentido se pronunciaron casi todos los consultados.

A esta ejemplar conducta amoldó el jefe carlista su decisión, exponiendo a la Superioridad las causas que le obligaron al retroceso a los cuarteles vascongados. Y si un Príncipe de Ligne, el famoso militar austríaco, aseguraba que le «era difícil comprender cómo lograba su Ejército hacer una retirada», nuestro modesto caudillo, en el reducido marco nacional, demostraba con hechos que no era tan difícil eso cuando había en los mandos mucha abnegación y valor y disciplina en las tropas.

Abandonaron los carlistas en la mañana del 15 de diciembre la villa de Covarrubias, yendo a pernoctar a Villasur de los Herreros, un pueblecito burgalés al pie de la sierra de Píncola, en el término de Villafranca de Montes de Oca; y, por San Juan de Ortega, Rojas, Hermosilla, Salas de Bureba y Tamayo, alcanzaron el 18 el puente de La Horadada, sobre el río Ebro, atravesando con buen orden el famoso desfiladero de la Cuesta de Tamayo, a la izquierda del río Oña.

Allí tropezaron con un pequeño destacamento de los constitucionales, encargado de la defensa del paso, destacamento que fué fácilmente arrollado.

El General Alaix, con su columna, siguió a Huerta del Rey, Covarrubias, Briviesca y Oña, sin lograr la derrota de su contrario, renunciando a la persecución después de un infructuoso recorrido.

El General Espartero recibió de su subordinado Alaix un detallado informe, en el que se hacía constar su próximo regreso a Burgos para responder a los cargos que por su actuación en las operaciones se le habían hecho, y cuyo expediente fué sobreseído algunos meses después.

El día 18 siguió la Expedición su movimiento retrógrado, y a una media hora de marcha tropezó con una reducida fracción adversaria que se encaminaba a La Horadada, de cuyo pueblo pensaba apoderarse. Las tropas isabelinas se replegaron sobre la iglesia de Gayangos para repeler el inopinado ataque carlista, y bastaron tan sólo cuatro disparos de la Artillería para que los defensores de la localidad se rindieran sin condiciones, dejando expedito el camino a la columna, que ya de noche y con un tiempo muy lluvioso cruzó el puente sobre el río Nela, alojándose

las fuerzas en Cadiñanos y Extremiana y haciéndolo el Cuartel General en este último lugar.

Ya se iba acercando la columna carlista a la deseada meta, acelerando para ello la marcha todo lo posible, incorporándose el día 19 los Cuerpos acantonados en Cadiñanos y procediendo al difícil descenso de la Peña de Angulo. Los liberales pretendieron entorpecer esta operación con tres batallones que lanzaron al ataque sobre la retaguardia enemiga, favorecidos por una espesa niebla; pero sin éxito.

La vanguardia de la Expedición divisaba al amanecer del 20 la Peña de Orduña, después del ímprobo trabajo de la noche anterior al organizar sus huestes, dando término a la jornada en la antigua capital vizcaína, corazón en otro tiempo del carlismo y siempre tan disputada durante las luchas fratricidas del siglo XIX.

El General Gómez, al regresar al punto de partida, llevaba bajo su mando la fuerza de la 1.ª División (1.953 infantes, 293 caballos y las dos consabidas piececitas de Montaña), y la 2.ª División, con 1.200 infantes y 340 caballos.

El tiempo empleado en esta notable Expedición fué de cinco meses y veinticuatro días, recorriendo 4.597 kilómetros por toda clase de caminos.

La opinión pública, al enjuiciar entonces esta operación bélica, lo hizo en diversos sentidos, desde el más favorable al más adverso. Unos la aplaudieron sin reservas, los más la censuraron con enojo; pero es menester reconocer por todos la capacidad de mando que supone conducir a través de toda la Península una masa de hombres, no muy duchos en asuntos guerreros. Ello acredita en el jefe gran mérito como psicólogo y un valor a prueba, al llevar durante medio año la lucha a muchas provincias, tomando por la fuerza varias capitales de la Nación y paseando su osadía por tantos pueblos apenas conocidos en el área nacional.

Algunos consideran que Gómez fué un rebelde al mando supremo, que se desentendió de las órdenes que le dieron, obrando por su cuenta y riesgo y causando con su proceder un grave perjuicio a la causa de Don Carlos.

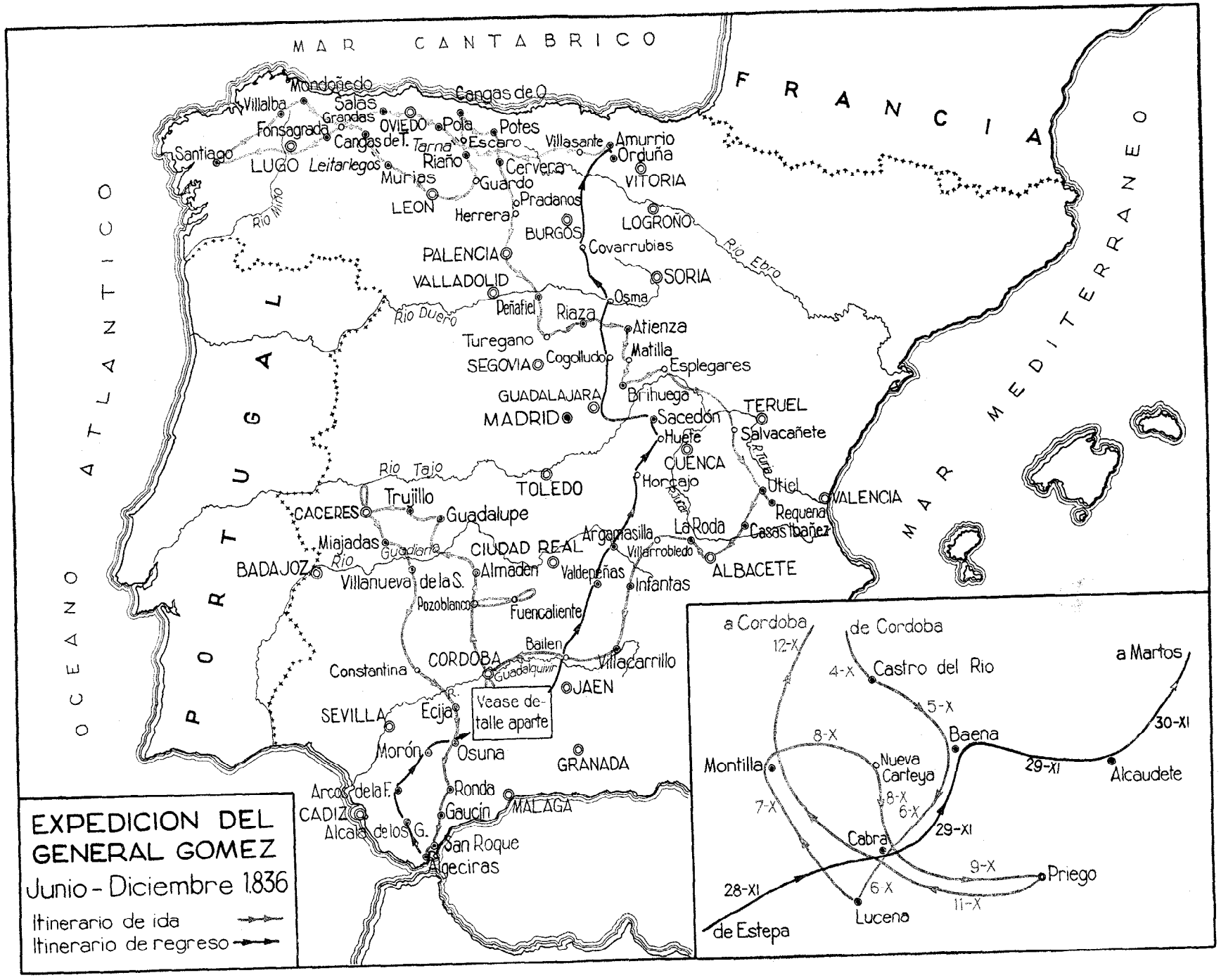
En el campo constitucional del país, las rivalidades políticas y profesionales de los jefes, que francamente se alegraban de los fracasos y derrotas de sus colegas, hicieron grave daño al régimen isabelino, sobre todo en cuanto dilataron su triunfo.

Sencilla ha sido nuestra tarea al examinar viejos papeles de la famosa

Expedición del año 1836, con sus curiosos episodios de éxito y desgracia, sucesos muy lejanos que presentan suficiente enfriamiento para ser manoseados sin peligro y trasladados a la Historia formal y definitiva de nuestras luchas en la pasada centuria.

BIBLIOGRAFIA

Anales del Reinado de Isabel II. Javier de Burgos. Madrid, 1850.
La Estafeta de Palacio. Bermejo. Madrid, 1872.
Isabel II, íntima. Carlos Cambronero. Barcelona, 1908.
Espartero: historia de su vida militar. Flores. Madrid, 1843-1845.
Expedición de Gómez. José de Mazarrasa. París, 1843.
Manifiesto del General Rodil. Madrid, 1857.
Manifiesto del General Alaix. Madrid, 1836-1837.
Relato de la Expedición de Gómez. J. Delgado. San Sebastián, 1943.
Sucesos de Córdoba en 1836 al ocuparla Gómez. Díaz Morales. Madrid, 1837.
Breves observaciones sobre los sucesos de 1836. San Miguel. Madrid, 1838.


EXPEDICION DEL GENERAL GOMEZ
Junio - Diciembre 1.836
Itinerario de ida
Itinerario de regreso
MAR CANTABRICO
FRANCIA
OCEANO ATLANTICO
PORTUGAL
MAR MEDITERRANEO
Mondoñedo
Villalba
Salas
Cangas de O.
Grandas
Fonsagrada
OVIEDO
Pola
Potes
Cangas de T.
Tarna
Escaro
Villasante
Amurrio
Orduña
Santiago
LUGO
Leitariegos
Riaño
Cervera
Murias
Guardo
VITORIA
LEON
Pradanos
Herrera
LOGROÑO
Rio Miño
BURGOS
Covarrubias
Rio Ebro
PALENCIA
SORIA
VALLADOLID
Osma
Peñafiel
Riaza
Rio Duero
Atienza
Turegano
Matilla
SEGOVIA
Cogolludo
Esplegares
GUADALAJARA
Brihuega
TERUEL
MADRID
Sacedón
Salvacañete
Huete
CUENCA
Rio Tajo
Horcajo
Utiel
TOLEDO
Rio Xucar
VALENCIA
Trujillo
Requena
CACERES
Guadalupe
La Roda
Casas Ibañez
Argamasilla
Miajadas
Rio Guadiana
CIUDAD REAL
Villarrobledo
BADAJOZ
Almaden
Valdepeñas
ALBACETE
Villanueva de la S.
Infantas
Pozoblanco
Fuencaliente
Bailen
CORDOBA
Villacarrillo
Constantina
Guadalquivir
JAEN
Vease detalle aparte
SEVILLA
Ecija
Morón
Osuna
GRANADA
Arcos de la F.
Ronda
CADIZ
Gaucin
MALAGA
Alcala de los G.
San Roque
Algeciras
a Cordoba
de Cordoba
12-X
4-X
Castro del Rio
a Martos
5-X
30-XI
Baena
8-X
Montilla
Nueva Carteya
29-XI
Alcaudete
7-X
8-X
6-X
Cabra
29-XI
9-X
Priego
28-XI
6-X
11-X
Lucena
de Estepa